

Sobre los prejuicios de un reseñista que no lee

A partir de sus prejuicios, Fernando García Ramírez se asomó —me parece que no lo leyó— al libro de Carmen Aristegui, titulado *Transición*, compuesto por 26 entrevistas y un anexo, y completado con fotografías de Ricardo Trabulsi.

Asombra la cantidad de dislates que García Ramírez pudo cometer en el breve espacio de una reseña, aunque más asombroso, si bien no infrecuente, es que se reseñe un libro no leído. Tras una premisa indemostrada, e indemostrable: la “actitud servil” de la entrevistadora”, el reseñista no lector descarga un cúmulo de acusaciones contra la mejor periodista de la radio mexicana. Le parece sobre todo que es parcial -- “no es neutral”, dice también-- porque con algunos de sus entrevistados, a quienes no identifica, es “incisiva, suspicaz y severa” (conducta lo más ajena a una “actitud servil”) mientras que a otros, tampoco mencionados, “los deja decir cosas”. Carente de autoridad profesional —no se si moral también, pero en eso no me meto-- ignora García Ramírez que de una y otra manera de interrogar se compone una entrevista: hay que inquirir y hay que “dejar decir cosas”, porque de eso se trata, de que hablen los protagonistas del libro.

De allí desprende el reseñista no lector que la periodista aplica un doble rasero, pues actúa profesionalmente frente a unos y ante otros, “los que son afines a su ideología”, es una simple “compañera de ruta”. Pretende que una entrevistadora corrobore las afirmaciones, los relatos de sus entrevistados. Dice, así, que a Denise Dresser, uno de cuyos dichos escoció al reseñista no lector, “la deja pasar”, aunque no completa su expresión diciendo que a todos los entrevistados “los dejó pasar”.

Supone García Ramírez —otro de los defectos de su reseña es partir de supuestos— que Carmen Aristegui dejó pasar una mentira de Denise Dresser por falta de rigor “o porque la gente de *Vuelta*, ahora de *Letras Libres* no piensa como ella”. Haría bien el reseñista no lector en reflexionar —si no es una vana pretensión sugerir tal cosa-- sobre ese punto: el pensamiento liberal y libertario de *Letras libres* por un lado, y la lucha abierta de Carmen Aristegui por la libertad de expresión, son cabalmente coincidentes.

El colmo de la descalificación ofensiva del reseñista no lector es meterse en la conciencia de la periodista y hallar que “finge objetividad”, “pero no es cierto”, negación que hemos de aceptar sólo porque la enuncia García Ramírez. Aunque de inmediato se desmiente a sí mismo al reconocer que algunos de sus entrevistados “refutan sus conclusiones antidemocráticas”. O sea que también los “dejó pasar”

Me equivoco al referirme en el párrafo anterior al “colmo de la descalificación ofensiva”. Todavía hay dos afirmaciones peores, sin sustento como todas las demás. Culpa a la periodista de habernos hecho perder —al menos a la clase política— la esperanza. E insinúa que su radicalización corre parejas con sus ingresos. Entre los defectos que una lectura cabal y una reflexión valedera sobre el libro de Carmen Aristegui pudiera hallar no contaría, sin duda, el mercenarismo.

El reseñista que no lee ofende a los entrevistados, a quienes imagina personas candorosas que se dejaron manipular por una insidiosa preguntadora. Ninguno de los convocados experimentó incomodidad o malestar al concluir la conversación con la periodista. Ninguno de ellos, en consecuencia, pidió no quedar incluido en el libro. Ese es un juicio mejor sobre el trabajo de Carmen Aristegui que el tartajoso prejuicio de García Ramírez.

Miguel Ángel Granados Chapa